LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES

Por el Dr. G. Feydoux.

LOS CONDENADOS

Los señores León y Maurice Bonneff fueron encargados, por el Gobierno francés, de hacer una información acerca de las condiciones en que trabajan los obreros de las distintas industrias, en Francia.

En el curso de este trabajo informativo, vieron tantas y tan terribles cosas, que el libro que publicaron, al terminar sus indagaciones, es uno de los más completos en su materia. Para conocer la vida del obrero francés, ningún libro acaso más recomendable que el que ellos escribieron.

Traducimos, de él, uno de los capítulos más dolorosos, y que se refiere a la vida miserable que arrastran los trabajadores de Lille:

"Acompañados por una persona cuya obligación es visitar a estas pobres gentes, hemos recorrido el barrio de "Moulins – Lille"

"Estamos ahora en la calle de "Philippe – de – Comsnines". Una calle completamente llena de barro y de pequeñas lagunas de agua sucia. Por un pasillo estrecho y obscuro, donde los codos tocan en ambas paredes, entramos en una casa; subimos una escalera, obscura también, como una cueva y al llegar al rellano llamamos en una puerta de las dos que hay. Sólo un murmullo oímos, que parece responder. Abren. Entramos. Un olor extraño el indefinible olor de la enfermedad penetra en nuestros órganos respiratorios; también sentimos su influencia en la garganta, y no obstante haber una ventana entreabierta, sentimos como si nos ahogáramos. En la habitación hay una mujer. Nuestro guía nos dice, en voz baja:

—¿Qué edad creen ustedes que tiene esta mujer?

—Cuarenta y cinco o cincuenta años le respondemos.

—Tiene solamente veintiséis.

Sobre una silla sin asiento, la mujer, vestida de harapos, tose y escupe sin interrupción. Está tan extremadamente flaca que los huesos de la espalda y de la columna vertebral se dibujan bajo sus ropas. Se apoya en una mesa llena de frascos y botes de medicamentos. No puede tenerse en pie.

La habitación mide cuatro metros por dos. Una cama ocupa la mitad de ella. Dos cunas hay arrimadas a la cama. Junto a la mesa, arde fuego en una hornilla.

Esta mujer es madre de cinco hijos. El mayor de ellos, una niña, tiene siete años. La infeliz está aquí, junto a su madre, despeinada, con ojos de mirada salvaje. Jamás ha ido a la escuela; tiene que estar aquí, cuidando a su madre, respirando el mismo aire que la enferma, bebiendo en su mismo vaso, secando sus labios con el mismo guiñapo.

El padre tiene treinta y dos años. Es carretero en una fábrica de tejidos. Se marcha a las cinco de la mañana, pues que antes de empezar el trabajo tiene que cuidar los caballos, y vuelve a las siete de la noche. Gana tres francos por jornada, lo cual son 18 francos semanales, contando con que en la semana no haya ningún día festivo. Y éstos son los únicos recursos con que cuenta esta familia.

La madre, el padre y los cinco hijos, viven todos en esta habitación. En ella se duerme, se cocina y se come. En la cama, duermen la moribunda, el marido y dos niños. Los otros tres en las cunas.

Antes, también se lavaba aquí mismo, y la ropa de los sanos se mezclaba con la de la enferma.

El "Preventorio" (de donde es empleado quien les acompaña), cuyos recursos son muy escasos, lava ahora la ropa de esta familia; además le da un litro de leche por día y dos kilos de carne por mes.

Esta mujer está tuberculosa de tercer grado y su muerte es inminente. Es una antigua hiladora de lino. Las causas de la enfermedad: exceso de trabajo por una parte, privaciones por otra.

Otra calle, llamada de Robleds. En ella, una especie de túnel que da a un patio, encajonado entre paredes de ladrillo, lleno de basuras de las casas y atravesado por un hilillo de aguas grasientas, espesas y malolientes. La casa tiene tres pisos y las escaleras están montadas de cualquier modo, al azar. Al extremo superior, en una puerta abierta, arrodillada, hay una mujer pequeña, flaca y bonita, que frota con un cepillo los agujeros cerrados de una jabonera.

Es la enferma. Se incorpora, sonríe, se turba, se seca las manos en su delantal y llama a sus hijos, que, en cuatro patas, casi desnudos, andan por entre nuestras piernas; y parecen, más que criaturas, animalillos deformes.

La habitación en que entramos constituye toda la vivienda. Una cama hay en el fondo; más allá, una cuna. Aquí viven ocho personas: padre, madre y seis hijos. La mujer ha ido solamente una vez al "Preventorio".

Nuestro acompañante le dirige algunas preguntas que ella contesta sin vacilar.

Tiene treinta años. Sus hijos tienen once, nueve, seis, cuatro, dos años y nueve meses el más pequeño. Ha perdido uno, muerto de meningitis tuberculosa.

El marido es peón de una fábrica de tejidos. Gana dos francos y medio por diez horas de trabajo. No tiene más ingresos que este jornal, ni recibe ningún auxilio, de modo que con este dinero tienen que alimentarse, vestirse y tener casa, ocho personas.

En esta habitación, que sólo recibe aire y luz por una ventana que da al sucio patio, no sólo viven, comen y duermen, sino que también lavan. Hay ropa colgada de una cuerda amarrada al techo, que gotea sobre el suelo.

Padre e hijos duermen en la misma cama, y los demás pequeños en la cuna. En verano, se extiende en el suelo el colchón y algunos duermen allí. Los demás sobre un jergón. Se nos ocurre levantar el cubrecamas: no hay sábanas.

—Cuando nació el cuarto hijo dice la mujer que ha visto nuestro gesto, vendimos las sábanas; luego no hemos podido comprar otras.

—¿Qué comen ustedes? ¿Qué come su marido?

—Guisos.....si, guisos de patata, de nabos, y algunas veces de col y de guisantes machacados.

—¿Carne, no?

—Jamás.

Esta mujer está tuberculosa de primer grado. Bien alimentada, viviendo al aire libre, con menos fatigas y sin preocupaciones seguramente se salvaría. Pero nada de esto tendrá; quedará en este cuchitril y morirá bien

(Sigue en la página 31)